



Delapiente

Delapueite

Ed. Laredo, S. A.

Madrid, 1983

© 1983 EDITORIAL LAREDO, S. A.
Velázquez, 16 - MADRID-I
Dpto. Legal M - 40589-1983
ISBN 84-86282-00-4
Printed in Spain - Impreso en España
PAR, Artes Gráficas, S. A.
Santa Leonor, 48 - MADRID-17

PINCELADA PARA UN RETRATO

Siempre he creído que el lugar de nacimiento y el entorno del artista influyen poderosamente en su formación. El medio de nuestra niñez nos troquela más de lo que creemos dejando un rastro en nuestra obra posterior. Algo de esto ocurrió con Fernando Delapiente, a pesar de ser uno de los pintores montañeses que vivió gran parte de su vida fuera de Cantabria.

Su padre José Manuel Delapiente, fué un gran aficionado a la pintura, e igual que el padre del pintor José Gutiérrez Solana, tuvo fama de experto fotógrafo. La imagen artística le llega, pues, desde niño, aunque será más adelante cuando evoque y reproduzca el pintor aquellos lugares en los que transcurrió su infancia en un pequeño chalet del paseo de Menéndez Pelayo. En una casa de esta misma calle transcurrió también parte de la infancia de José Gutiérrez Solana, quien recordaría en la España Negra el encanto de este paseo con sus bellos hotelitos a ambas márgenes, repoblados entonces de álamos.

Fernando Delapiente sintió años después la atracción de aquel lugar que guardaba para él tantos ensueños de niñez y del que dejó constancia en un dibujo de la casa donde había nacido.

Su traslado de Santander a los seis años habría de borrarle aquellas vivencias que retornan, con más fuerza, cuando dos años después regresa con su familia otra vez a la capital cantábrica. Ahora vive en la calle Méndez Núñez. Desde allí divisa la bahía y va a retener en su retina la influencia de la luz y del cielo sobre la panorámica cromática de sus aguas. El cielo plumizo de Santander, tan habitual gran parte del año, confiere a las aguas un color grisáceo que envuelve y ensombrece todo el paisaje. La bahía de Santander, la de los eternos grises, tentará a los artistas que, como Gerardo Alvear, se especializaron en esta pintura. Otras veces, gracias al milagro del sol, cambia la luminosidad y la bahía se torna de un verde azulado, destacándose entonces el decorado de los pueblos fronteros con sus perspectivas montañosas y los tonos grises y verdes del paisaje.

El mar será una de sus obsesiones de pintor. Son visiones marinas de aguas tranquilas que llegan reposadas a playas recoletas, como aquella "Playa de los peligros" que cantara Gerardo Diego, convertida por la fantasía de los jóvenes en reducto de piratas. En ocasiones el joven Fernando había visto el mar bronco y embravecido y al viento sur limpiar de nubes el paisaje hasta aproximarle con una sensación mágica. A lo lejos las espumas del peligroso banco de las Quebrantas le recuerdan las lecturas juveniles de trágicos naufragios. Pero también le llegan las visiones cercanas de los buques cargueros o de viejos quechemarines dedicados al cabotaje que atracan en los muelles de madera. Hasta su casa llega el ruido monótono de las grúas en sus faenas de carga y descarga. A los catorce años ya le atrae la reproducción de temas marinos, que después llevará, en firme, su pintura. El paraje extraordinario del Sardinero no estará ajeno a estas preferencias, formando parte de algunos de sus más bellos cuadros. "Desde las rocas del Sardinero -escribe en unas notas autobiográficas- (1), aún adolescente, dibujé mi primera acuarela del natural. En ella veía la roca imponente de Cabo Mayor y la playa de Pombo" (2).

El que sería después conocido como experto intérprete de la ciudad en su pintura, va también a recoger algunos bellos rincones de aquel Santander de antes y después del incendio. El primero formó parte de su historia y de sus recuerdos y el segundo de sus vivencias de los últimos años. Es el Santander de antaño, de las tertulias del Ateneo o de los cafés Ancora y Boulevard, a las que concurrían escritores como José María de Cossío, Gerardo Diego, Víctor de la Serna, José del Río Sáinz, Miguel Artigas y tantas otras figuras del primer tercio del siglo. Junto a ellos, o en grupo aparte, se reunían pintores, entre los que estaban Ricardo Bernardo, Flavio San Román, Antonio Quirós, Gerardo Alvear, Cobo Barquera, etc.

Para quien sentía ya entonces la vocación de la pintura, como Fernando Delapiente, tuvo que impresionarle, por ejemplo, la fuerte personalidad de un Pancho Cossío o de un Gutierrez Solana, cuando aparecían en los veranos en estas tertulias en las que todos se conocían y el español, "el ser más charlatán que existe sobre la tierra", como decía Pérez Galdós en *Fortunata y Jacinta*, conversaba y discutía sobre lo divino y lo humano.

(1) Vid. "Notas autobiográficas", en *Pintores del siglo XX*. F. Delapiente de Waldemar George (Madrid, Aldus, 1974), p. 82

(2) Se refiere a la playa del Sardinero que llama de Juan Pombo. Marqués de Casa-Pombo, hombre de negocios que como dice Fernando Barreda "presintió hasta dónde podía llegar la importancia de las playas santanderinas". (Vid. "El Sardinero", en *La Revista de Santander*, número extr. del verano de 1930, p. 264).

Cuando viene de veraneo en 1925 tiene la oportunidad de presenciar la exposición del Ateneo dedicada a los paisajes y retratos de Gerardo Alvear y Ricardo Bernardo. A finales de agosto de 1930, en otro de sus viajes, coincide con la exposición homenaje de Agustín Riancho y la del juvenil Francisco Modinos.

Por su formación y teniendo en cuenta que Fernando Delapiente estudia en estos años conjuntamente en la Escuela Superior de Bellas Artes (1930-1940) y en la Escuela de Ingenieros Industriales (1927-1933), habría que vincularle a aquella generación de la República que nace al arte en esos años y se proyecta en los siguientes de postguerra. Generación que algunos han llamado de 1936, a los que marcó la guerra civil que interrumpió su preparación.

Los estudios de ingeniería de Fernando Delapiente que le llevaron a obtener por oposición la Cátedra de Dibujo en la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid en 1944, se advertirán en su obra pictórica a través de un dominio del dibujo artístico y técnico, de la proporción y de la línea. Por eso se ha dicho que del dibujo pasó a la pintura. De aquí su tendencia a reproducir formas arquitectónicas de líneas y arcos que completa en sus estudios del arte clásico italiano.

Delapiente se siente atraído por los monumentos y la pintura de estructuras metálicas. El mismo nos lo confirma cuando escribe: "Soy un buen amigo del tren y amo las estaciones. Sobre todo estaciones envueltas en los hierros de las pesadas marquesinas, recuerdos de mis años mozos cuando venía a Madrid" (3).

El pintor se convertirá, con el tiempo, en un señalado retratista de las ciudades nacionales y extranjeras que visita en sus viajes. Madrid ocupará sus preferencias. Son edificios en los que la presencia humana o de un coche estacionado les libra, a veces, de parecer fríos decorados urbanos. Así, al hablar de uno de sus cuadros más queridos, "La place de Saint Germain des Prés", al referirse a ella, escribirá: "No hay gente. Me interesa lo permanente. Esta plaza será así por siglos. Las gentes, los vehículos, la situarían en un tiempo al que su belleza trasciende" (4). Delapiente se convierte con esta pintura en el cronista del Madrid de su tiempo en cuadros como "El palacio Real" de Madrid, "Plaza de la Villa", "Plaza Mayor", "Iglesia de

(3) "Notas autobiográficas", ss. cit., p. 81.

(4) *Ibidem*, p. 53.

San José y Gran Vía” o los que reproducen la plaza de la Cibeles o el Rastro. He aquí la razón por la que algunos críticos han aludido a las resonancias literarias de su pintura que yo llamaría histórica. Lo mismo ocurre cuando pinta Santander y su paisaje o las viejas casonas solariegas de Santillana del Mar, escenario de Casta de hidalgos.

En el inventario de sus cuadros de temática cántabra figura, como hemos dicho, el mar, cuyo sentimiento confesó llevar dentro desde niño. Pero pinta también los paisajes imponentes de montaña de los Picos de Europa, Puerto Chico, El Sardinero y su Casino, el Palacio de la Magdalena o la Catedral.

Es la suya, en definitiva, una pintura muy española que parte de Cantabria para extenderse a tierras de Castilla recorrida por este pintor trotamundos hasta llegar con sus pinceles a la baja Andalucía.

Su pintura reproduce, ahora, castillos solitarios y surcos rectilíneos de tierra seca que se pierden en el horizonte. La fiesta de los toros, tratada en cuadros como “Toros en Castilla”, “Toros en Torrelaguna”, nos recuerdan la temática solanesca.

Su época andaluza se caracteriza por la gracia de luz y color de sus paisajes en los que el blanco de los cortijos sustituye al amarillo de los austeros campos castellanos.

En sus últimos años siente de nuevo la llamada de su tierra natal en la que pinta varias series de apuntes en 1971 y expone varias veces en Santander. El homenaje de sus paisanos le llega tarde, cuando hacía seis años que había muerto.

En 1981 se presentaba por última vez en la Galería Rúa, en la calle del Medio, una de las más antiguas de la ciudad, sede de los mareantes del Cabildo de Abajo, una muestra antológica de su pintura de pura raigambre santanderina.

Benito Madariaga
Cronista Oficial de Santander

INDICE

INTRODUCCION	13
EL COLOR	45
PINCELADA PARA UN RETRATO.....	155
DATOS BIOGRAFICOS	165
APROXIMACION A UN CATALOGO	173
ESTUDIOS CRITICOS	367
OTROS COMENTARIOS SOBRE FERNANDO DELAPUENTE.....	383

